

TOO GOOD TO BE TRUE, O FREUD FRENTE A LA ACRÓPOLIS

Too good to be true – or Freud in front of the Acropolis

María Martha Chaker¹

Resumen

A partir de una anécdota personal acontecida treinta años antes frente a la Acrópolis, y en ocasión del cumpleaños número sesenta de su amigo epistolar Romain Rolland, Sigmund Freud aborda el problema de la pérdida de la realidad en lo que se puede llamar "fenómenos de extrañeza o enajenación". De su análisis de dichos fenómenos, se desprenden características del funcionamiento psíquico que son transestructurales y que tienen un gran valor para el trabajo clínico, entre las que se destacan el mecanismo de la desmentida y la cuestión de la increencia, que Freud pone en relación con el tipo de carácter que dio en llamar "los que fracasan al triunfar". Antes que, a la lógica de la división subjetiva propia de las formaciones del inconsciente, estos fenómenos responden más bien a la escisión del yo. Finalmente, se subraya el rol fundamental del pequeño otro en el sostén de la realidad para el sujeto.

Palabras claves: extrañamiento – realidad – desmentida – increencia – fracaso.

Abstract

Sigmund Freud addresses the problem of the loss of reality in what can be called "phenomena of estrangement or alienation", following a personal anecdote that took place thirty years earlier in front of the Acropolis and on the occasion of the sixtieth birthday of his pen-friend Romain Rolland. From his analysis of these phenomena, some psychic functioning characteristics emerge that are trans-structural and of great value for clinical work; among them, the mechanism of disavowal and the question of unbelief stand out, which Freud relates to the type of character that he called "those who fail to succeed". These phenomena respond to the splitting of the ego rather than to the subjective division rationale of the formations of the unconscious. Finally, the fundamental role of the small other in sustaining reality for the subject is highlighted.

Keywords: estrangement – reality – disavowal – unbelief – fail.

Introducción

En 1936 se publicó en alemán una carta abierta de Sigmund Freud a Romain Rolland, bajo el título "Un trastorno de la memoria en la Acrópolis" (en la traducción de López-Ballesteros y Torres), o "Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis" (en la traducción de Etcheverry).

El destinatario de la carta, el escritor francés Romain Rolland, era muy estimado y admirado por Freud, quien desde la época de su visita a París para estudiar con Charcot, tenía aprecio por los franceses. Además, Rolland era diez años más joven, hablaba otro idioma, vivía en otra tierra, era muy talentoso en lo suyo y no se dedicaba al psicoanálisis: características, todas ellas, que sostienen una alteridad fundamental para Freud, y ubicaban a Romain en un lugar privilegiado para ser considerado amigo por el maestro vienés.

La relación entre ambos genios fue ante todo epistolar. En mayo de 1924 Rolland visitó Viena y allí tuvieron la oportunidad de conocerse personalmente. Pasaron la velada en casa de Freud, quien se lamentaba de no poder hablar en francés. Tal como años antes, en su visita a la Acrópolis, se quejaba de no haber podido utilizar sus conocimientos en griego clásico para comunicarse cotidianamente. Esta vez, Stephan Zweig ofició de nexa y de traductor.

¹ Lic. en Psicología, Magíster en Psicoanálisis. Jefa de Trabajos Prácticos en carrera de grado en la Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Profesora Adjunta en carrera de grado en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales. Profesora Adjunta en carrera de posgrado en la Universidad Argentina J. F. Kennedy. Miembro fundador del Centro de Lecturas: Debate y Transmisión. Supervisora externa del equipo de profesionales de Aipann (Hospital Interzonal Dr. J. A. Esteves). Autora del libro "El niño, el sujeto. Estudios psicoanalíticos", 2020, UNLZ. Correo electrónico: licmmch@hotmail.com

En mayo de 1931 Freud estaba cercano a una operación muy temida y sentía que se aproximaba al fin de su existencia, motivo por el cual le escribe a su amigo en un tono de despedida:

"...y como sé que probablemente no volveré a verle me atrevo a confesarle que raramente he experimentado esa misteriosa atracción de un ser humano hacia otro tan vívidamente como con usted. Quizá se deba a que me doy cuenta de que somos tan profundamente distintos. ¡Adiós! Suyo, Freud".

Después de eso, no hay más cartas, salvo la que nos ocupa en este artículo. En mayo de 1936 la celebración de cumpleaños de ochenta años de Freud cobró dimensiones considerables. Confinado en Viena, recibió regalos y cartas, entre ellos, de Romain Rolland. Ese mismo año, con motivo del cumpleaños número setenta del escritor, se le había pedido a Freud que escribiese algo para un homenaje. Es entonces que le escribe una carta y junto con ella incluye el relato del episodio que sufriera ante la Acrópolis.

Un largo camino hasta la Acrópolis

La carta empieza con un tono muy cariñoso y admirado de Freud hacia Rolland, en contraposición a lo viejo y empobrecido que se siente. Le ofrece un fenómeno psíquico de su propia experiencia, ocurrido en un viaje en 1904 junto con su hermano Alexander, diez años menor que él. Recién en ese momento, mientras lo escribe, nota que su hermano y Rolland tienen la misma edad. Del mismo modo que nosotros notamos la afinidad entre Romain y Roma. Se podría dedicar todo un libro a la relación de amor – odio de Freud hacia esa ciudad. Le fascinaba la historia de la antigua Roma, a la vez que sentía cierto rechazo por el devenir cristiano de esa ciudad, y la incidencia que eso tuvo en la persecución posterior de los judíos.

Freud tenía en aquella época el hábito de viajar de vacaciones con su hermano, siempre para la misma fecha, a Roma y otras regiones de Italia. Como los años anteriores, Freud viaja con su hermano más joven. Por cuestiones laborales, éste último debe acortar el viaje, por lo que tienen que cambiar el itinerario. Deciden entonces ir a la isla griega de Corfú, previo a lo cual pasaron por la ciudad Trieste. Allí visitaron a un amigo de Alexander que les preguntó para qué iban a ir a Corfú en esa época del año y con ese calor, que sería tanto mejor tomar el barco a Atenas y pasar dos o tres días allí.

Al irse de la casa del amigo, se encontraban de un extraño mal humor, una sensación de molestia y considerando impracticable y dificultoso el plan de ir a Atenas. Pasaron varias horas dando vueltas, descontentos e indecisos. Pero a pesar de eso, y sin explicación aparente, cuando abrieron las oficinas del Lloyd, como algo natural y sin haber vuelto a hablar del tema entre ellos, sacaron los pasajes hacia Atenas. Esta conducta a Freud le parece enigmática, según dice más tarde cuando recuerda la escena.

Desmentida, escisión, extrañeza

Llegan a la Acrópolis. Freud va con su mejor camisa. Al escribir a su familia les cuenta que su experiencia allí había sobrepasado todo lo que hasta entonces había visto o imaginado. Cuando se encontraba abarcando el paisaje con la mirada de pronto le sobreviene un pensamiento extraño: "¡De modo que todo esto realmente existe tal como lo hemos aprendido en el colegio!". Más exactamente, lo que siente en ese momento es que la persona que pensaba eso, se separaba (mucho más de lo habitual) de otra persona, que percibía esa observación. Ambas se sorprenden dice Freud, aunque por motivos diferentes.

La primera de esas personas se comportaba como sí, ante el impacto de una observación incuestionable, se viera obligada a creer o verse forzado a admitir, en algo cuya realidad hasta entonces le habría resultado dudosa. La segunda de esas personas, en cambio, se sorprende de la actitud de la primera persona, puesto que nunca se le habría ocurrido dudar de la existencia de Atenas y de la Acrópolis. Esperaba, en cambio, expresiones de encanto y admiración.

Hasta aquí, la vivencia. A continuación, Freud intenta una serie de explicaciones que descarta, hasta que llega a la idea de que tiene que haber una relación entre el mal humor o la desazón en Trieste, y esta ocurrencia frente a la Acrópolis. El nexo entre ambos es el fenómeno de increencia o desmentida. En Trieste,

respecto de la posibilidad de llegar a Atenas; en Atenas, respecto de la existencia de la Acrópolis. El típico caso de *too good to be true* (en inglés en el original).

¿Cuál es la causa de dicho fenómeno? Se trata evidentemente de la desmentida de una parte de la realidad. Ahora bien ¿por qué de aquella parte de la realidad que sería placentera? En "*Más allá del principio del placer*" (1920), Freud se preguntaba por qué se repite lo displacentero. Aquí la pregunta se complejiza: ¿por qué se rechaza lo placentero?

Demasiado bueno para ser cierto

El "demasiado bueno para ser cierto", remite al texto de 1916 "Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica", donde dedica un apartado a "los que fracasan al triunfar". Freud afirma que en general la gente enferma a causa de una frustración de su deseo, pero que en estos casos enferman (y hasta perecen) porque se les ha realizado un deseo de intensidad avasalladora ¿Por qué? Porque sentimos que no merecemos la felicidad: nos sentimos inferiores y culpables respecto de ese destino exitoso. Y todo eso, agrega, no es más que la expresión de un severo súper yo.

Freud deseaba fervorosamente conocer Atenas desde su más temprana infancia, y logra concretarlo recién a sus 48 años, poco tiempo después de la muerte de su padre y de la publicación de "La interpretación de los sueños". Tal como lo desarrolla Carlos Quiroga, la increencia se da en el punto de máxima implicación subjetiva: lo que no puede creer es que él esté ahí, lo que se desplaza a una desmentida temporaria de la existencia real de la Acrópolis. Entonces, la vivencia podría resumirse en la frase: "según el testimonio de mis sentidos, me encuentro ahora en la Acrópolis, pero no puedo creerlo".

Se trata de un fenómeno de desrealizamiento, que Freud llama sensación de extrañamiento o sentimiento de enajenación. La palabra sentimiento no debe despistarnos: se trata en este caso de un proceso complejo vinculado con contenidos y con decisiones que el juicio toma respecto de esos contenidos. Estos fenómenos sirven a la defensa, y pueden presentarse de dos modos: o bien, lo que se extraña es el sujeto (despersonalización); o bien, lo que se extraña es una parte de la realidad (desrealización). En el primer caso es como si el sujeto dijese "sé que estoy en la realidad, pero no estoy a la altura de las circunstancias"; en el segundo caso, "esto no está a la altura de mis expectativas" (ya sea por sobreestimación o por desestimación).

En su texto de 1914 "La *fausse reconnaissance*" ("*déjà raconté*") durante el psicoanálisis", Freud analiza tres fenómenos: el *fausse reconnaissance*, el *déjà vu* y el *déjà raconté*, que son la contrapartida en positivo de los antes mencionados, ya que aquí en vez de querer alejar algo del yo, se tiene la ilusión de tratarlo como propio.

Al servicio de la defensa

En todos estos fenómenos se produce una especie de estado de doble conciencia, que sería más correcto llamar escisión del yo. En la escisión el Yo no es la sede del conflicto. La complejidad del tema de la defensa es que a la vez que defiende del goce, en la defensa misma anida un goce. Es más, el yo en sí mismo es una defensa. Por eso en estos casos la vía más efectiva de intervención es por el lado del afecto y no por el lado intelectual. Eso hace Freud persiguiendo las asociaciones desde el malhumor en Trieste, y llega a postular dos características generales para todos estos fenómenos: por un lado, que siempre sirven a la defensa tratando de mantener alejado algo del yo vía la desmentida. Da un ejemplo (versos en castellano en el original) de un rey moro que desmiente el hecho de la caída de su ciudad, para rebatir el sentimiento de impotencia que le genera la situación. Por otro lado, hay una relación entre estos fenómenos y el pasado ¿En qué sentido? No se trata de que Freud no haya creído en la existencia de Atenas en su pasado. Lo que no podía creer, es que él pudiese verlo alguna vez. "Llegar tan lejos", respecto de su historia familiar y su condición socio - económica.

En la vida cotidiana, percepción y conciencia suelen estar anudadas, es lo que llamamos el hábito. Freud tenía un hábito con el hermano, pero ese año algo cambia. La ruptura del hábito suele provocar una desorientación, siendo común que allí aparezcan las formaciones del inconsciente (sueños, chistes, actos

fallidos, etc.) porque es también el lugar de las contingencias. Pero en este caso, Freud y el hermano rápidamente suturan esa apertura decidiendo el viaje a Carfú. Hasta que reaparece la contingencia en la visita que hacen al amigo en Trieste y lo que allí sucede. El amigo funciona como una especie de causa de deseo, les da la idea de ir a Atenas. Ante la inhibición de los hermanos el amigo funciona como un analista que interroga ese punto: ¿por qué no? ¿qué se los impide? El amigo les dice que pueden ir a un lugar que les queda grande. Justamente el malhumor tiene que ver con que el tristino deja al descubierto esa confusión neurótica entre la impotencia y la imposibilidad. E interroga ese punto de sutura, forzando de nuevo la apertura de percepción y conciencia. Ese odio que le genera el deseo del amigo, es lo que le impide creer luego. El amigo lo saca de la endogamia entre hermanos, les hace una diferencia. Y así van, como en *acting*, a sacar los pasajes.

Entonces, frente a la Acrópolis, se produce el fenómeno de increencia y la escisión del yo. En castellano, no tenemos la diferencia que hay en francés entre *moi* y *Je*. Esta diferencia es útil porque permite pensar que tal vez lo que sucede en la escisión del yo es que se escinde el *moi* del *Je*. La escisión es un fenómeno transestructural q antes que, con la represión, se relaciona con la increencia. La desmentida, que Freud enlaza a la angustia de castración y al problema de la masturbación infantil, afecta a la percepción y a la creencia. En la desmentida se reniega de la experiencia, pero se conserva la creencia anterior.

Creer para ver

Como afirma Quiroga (2017), en su trabajo sobre el tema, que hay una diferencia con lo que sucede en la creencia, ya que ésta se apoya en la falta y en el otro como semejante. El soporte de la creencia no es el creyente, sino el otro. Y no se puede creer sin el duelo. En ese caso, no es "ver para creer", sino "creer para ver". Es una apuesta, antes que una certeza, que opera como sostén de lo real. Entonces si opera la función de la creencia, no hay escisión del yo sino división del sujeto. Veremos cómo finalmente esta posibilidad, está en relación al asesinato simbólico del padre y la orfandad del sujeto que lo lleva a ponerse en relación a un discurso.

La increencia de Freud frente a la Acrópolis podría leerse como un "lo veo pero no lo creo". Son como dos personas: una no cree. La otra no cree que el otro no cree. Y por lo mismo, no puede disfrutar de lo que está viendo.

En su biografía sobre el maestro vienés. Ernest Jones cuenta que, en una carta a su familia tras visitar Atenas, Freud escribe que lo primero que le llamó la atención fue el brillo y la claridad de las columnas de la Acrópolis. Había quedado obnubilado por eso "ultraclaro". Este es un término al que Freud hace referencia en varios textos, en referencia a una especie de hipernitidez perceptiva. Como desarrolla Gerard Pommier, cuanto más investidas estén pulsionalmente, más brillarán las imágenes. Ahora bien, esas representaciones de cosas, esas sensaciones pulsionadas, no son cualquiera. Son especialmente las que están en relación a un trauma subjetivo cualquiera. Es decir, aquel que resulta de un deseo imposible, un deseo que no deberíamos tener.

La realidad es un punto de apoyo que se orienta por el cruce de varias coordenadas. Freud siempre se está interrogando por la relación entre la percepción y la realidad. Mientras que, en la *spaltung*, la división del sujeto, el síntoma pone en primer plano un conflicto; en la escisión del yo, el conflicto es evitado. Evita las consecuencias de la división subjetiva, rellenándolas imaginariamente. Lo que resulta desmentido no es la percepción sino sus consecuencias sobre la creencia previa. Y el precio es la escisión del yo. Justamente lo que conmueve la percepción, es la creencia previa que sostiene el fantasma neurótico de fracaso, de impotencia, etc.

Llegar tan lejos...

Parece importante detenernos en esa frase que Freud menciona al pasar: dice que en relación a ese "llegar tan lejos", ese día frente a la Acrópolis, podría haberse emocionado y preguntarle al hermano si él también recordaba sus años de infancia, sus alegrías y sus penurias y si a él también le pasaba en ese momento el asombro de estar ahí y "haber llegado tan lejos". Por un lado, podemos hipotetizar que, si Freud hubiese podido decir eso, no habría producido el fenómeno de desrealización. Es decir, que el fenómeno de

desrealización se produce en parte porque queda cancelada la función del otro (semejante) como soporte necesario del yo y de la creencia. Por otro lado, el "llegar tan lejos" remite a ir más allá de las condiciones socio-económicas de la familia, y más específicamente, ir más allá del padre. Por eso ahí Freud se pregunta qué hubiera pensado el padre de ellos, y toda la culpa que la situación le genera. Y cierra el texto con una referencia a la piedad que no parece tan obvia. Dice que la piedad por el padre opacó la vivencia en Atenas, y que ahora que Freud mismo estaba muy anciano también dependía de esa piedad ajena.

En el Antiguo Testamento la piedad se enlaza usualmente al temor a Dios, son los fieles que piden piedad al Dios severo y vengativo. En el Nuevo Testamento, en cambio, la piedad queda más del lado de lo fraterno, es la piedad con los hermanos, con la comunidad. Tras la muerte de Jesús, y más específicamente en los primeros siglos del cristianismo, la piedad se traduce como sinónimo de caridad, hasta que en los siglos V y VI especialmente, se hace un uso político de la noción en relación con la ayuda a los pobres y las riquezas de las iglesias, tal como lo acredita el titánico trabajo de Peter Brown "Por el ojo de una aguja".

A partir de una referencia lacaniana a la altura del Seminario 23, que postula la necesidad de ir más allá del padre "a condición de servirse de él", el "llegar tan lejos" freudiano parece haber quedado aplastado en ese sentido. Sin embargo, resulta interesante volver a interrogar este punto.

Cuando Freud postula en 1916 "los que fracasan al triunfar", antes de explayarse sobre Lady Macbeth como paradigma de ese tipo de carácter, da dos ejemplos breves, que sueles pasar desapercibidos: el de una mujer que es muy feliz con sus actividades y su pareja a quien ama, que enferma en cuanto cumple su anhelo casamiento; y el de un hombre que gusta mucho de su trabajo, y enferma cuando finalmente se cumple su deseo de que lo asciendan, tras la jubilación de un superior.

Lo que no está dicho en el texto es que, en ambos casos, no se trata simplemente de un deseo realizado, sino fundamentalmente, de dos actos que implican el asesinato simbólico del padre. Tal como postula Gerard Pommier en "El orden sexual", esa operación siempre se pone en juego en el momento en el que el nombre propio debe anotarse junto al apellido paterno, aceptando la herencia para poder dirigirse al futuro. Es claro: la mujer que se casa y toma el apellido de su marido en el lugar del de su padre; el profesor que finalmente accede al cargo máximo, en el lugar de su maestro. Antes de ese acto subjetivo, ambos se desempeñaban muy bien en sus papeles, pero... sin los papeles.

Ahora bien: no existe ningún padre a la altura de ese crimen. Ese padre, imaginado en el horizonte de todos los fantasmas neuróticos, es imposible. Por lo tanto, lo que eso vela, es que el sujeto está solo frente a su acto y la orfandad en la que todos estamos. Freud impotentiza al padre: "pobre hombre, hay que tenerle piedad, no tiene dinero para viajar a Atenas ni formación cultural para comprender la importancia de ese lugar histórico". Freud mismo, ahora, tantos años después, se identifica con esa posición de impotencia y le pide a Rolland que le tenga piedad. Pero... ¿quién dijo que al padre le hubiese interesado ir allí, aunque contase con los medios?! Es decir, Freud imagina un padre a la altura de la ambivalencia del hijo, como defensa frente a su castración.

Si "los que fracasan al triunfar" es una de las voces del superyó, y el superyó es claramente transgeneracional, parece central reflexionar sobre la soledad de Freud como fundador de discurso, y aún más en 1904. Todo fundador de discurso está, desde el vamos, más allá de cualquier padre, y también muchas veces, o la mayoría, más allá de cualquier "hijo". Pensemos por ejemplo que ninguno de los hijos ni discípulos de Freud han ido más lejos que él, en términos del avance del discurso. Klein y Lacan son quienes avanzaron y fundaron escuelas dentro del campo freudiano, no se ubican ni como hijos ni como discípulos directos en el círculo freudiano.

Y en cuanto a su papá de carne y hueso, es claro que no compartía con Sigmund el gusto por la literatura, la historia, etc. Y pareciera que no sólo por ser un comerciante humilde, sino porque carecía de deseo en la materia o simplemente, no era su asunto.

En este texto se plantean las coordenadas del sujeto y cómo se sitúa para tomar sus decisiones. Todos los fenómenos que describe Freud ahí tienen la característica de pertenecer a un mismo universo en donde uno

puede ser ajeno a sí mismo. Los "pases" dentro de un psicoanálisis no son sin estos fenómenos de extrañamiento.

En el deseo, todos estamos solos. Pero esa soledad, efecto de la experiencia de la castración, es propiciatoria del encuentro con otros y del compromiso del sujeto a un discurso.

Referencias

- Brown, P. (2016). *Por el ojo de una aguja. La riqueza, la caída de Roma y la construcción del cristianismo en Occidente (350-550 d. C.)*. Barcelona: Acanalado.
- Freud, S. (1914/2020). Acerca del fausse reconnaissance ("dejá raconté") en el curso del trabajo analítico. En S. Freud, *Obras Completas*, Vol. 13 (págs. 203-212). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1916/2020). Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico. En S. Freud, *Obras Completas*, Vol. 14 (págs. 313-318). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1920/2020). Más allá del principio de placer. En S. Freud, *Obras Completas*, Vol. 18 (págs. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1936/2020). Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis). En S. Freud, *Obras Completas*, Vol. 22 (págs. 209-222). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Jones, E. (1985). *Freud*. Barcelona: Salvat.
- Lacan, J. (2011). *El Seminario. Libro 23 El Sinthome*. Buenos Aires: Paidós.
- Pommier, G. (1995). *El orden sexual*. España: Amorrortu Editores.
- Pommier, G. (2016). *La represión. ¿Por qué y cómo?* Buenos Aires: Letra Viva.
- Quiroga, C. (2017). *La necesidad del otro*. Buenos Aires: UNLZ

Fecha de recepción: 29 de junio de 2022
Fecha de Aceptación: 30 de junio de 2022